



Sacerdotes al servicio de una Iglesia en camino

Día del Seminario 2022



Reflexión teológica

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

REFLEXIÓN TEOLÓGICA

Día del Seminario 2022

«Sacerdotes al servicio de una Iglesia en camino»

Introducción

El Día del Seminario es ocasión para que todo el pueblo de Dios sepamos dar gracias por las vocaciones sacerdotales y podamos pedir al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. En el contexto del Sínodo universal convocado por el papa Francisco, la Iglesia reconoce agradecida el gran don que supone el poder peregrinar unidos, tras las huellas de Cristo, buen pastor y sumo y eterno sacerdote.

Los sacerdotes estamos llamados en este día a recordar nuestros años de formación en el seminario, que nos hicieron profundizar en el camino que habíamos iniciado al responder a la invitación del Señor a seguirle. Años en los que la Iglesia nos cuidó y nos acompañó para que llegara a buen término en nosotros la obra que Dios mismo había empezado.

En esta jornada se nos ofrece la posibilidad de mirar a nuestros seminarios actualmente, no con nostalgia o añoranza de tiempos pasados, sino con confianza en Dios, sabiendo que todo es suyo y que él vela por su Iglesia. Se trata, pues, de buscar la renovación de la formación en nuestros seminarios, de manera que respondan mejor a los retos que hoy nos lanza nuestra Iglesia y nuestro mundo. «La renovación de los seminarios es una expresión significativa de la conversión pastoral a la que el papa Francisco convoca a todas las instituciones eclesiales» (FPM, n. 58). En cada tiempo y en toda circunstancia, la providencia divina actúa conforme a sus designios de misericordia. También en nuestra época Dios sigue actuando y sigue suscitando vocaciones sacerdotales entre nuestros jóvenes.

El lema de este año para la jornada del Día del Seminario se inspira en el proceso sinodal en el que está inmersa la Iglesia entera, él va a orientar nuestra reflexión acerca de la vocación sacerdotal. La riqueza de la vocación no se puede resumir en unas pocas líneas, ni tampoco

co pretender hacer un breve tratado teológico acerca del ministerio sacerdotal. «Entre las diversas vocaciones suscitadas incesantemente por el Espíritu Santo en el pueblo de Dios, como manifestación de la inconmensurable riqueza de Cristo, se encuentran las vocaciones al ministerio ordenado» (cf. ChV, n. 257; 295). Esta reflexión espera ser una ayuda y un estímulo, para que reconozcamos el gran don que Dios nos hizo y sepamos proponer a los jóvenes de nuestro tiempo la belleza y la alegría de la vocación sacerdotal. «Solamente de esta manera se podrán sentar las bases indispensables para que toda vocación pueda ser percibida en su verdad, amada en su belleza y vivida con entrega total y con gozo profundo» (PDV, n. 37).

Sacerdotes

El objetivo del seminario es acompañar a jóvenes llamados por Dios para ser sacerdotes, ayudándolos en el discernimiento de su vocación y formándolos para servir al pueblo de Dios. Del mismo modo que Jesucristo los llamó para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar (cf. *Mc* 3, 14-15), en el seminario nos encontramos una comunidad que escucha su palabra, la interioriza y se pone en camino para seguir sus pasos. «La experiencia y la dinámica del discipulado, que, como ya se ha indicado, dura toda la vida y comprende toda la formación presbiteral, requiere un tiempo, durante el cual se invierten todas las energías posibles para arraigar al seminarista en el seguimiento de Cristo, escuchando su Palabra, conservándola en el corazón y poniéndola en práctica» (RFIS, n. 62).

A semejanza del Señor, que reunió al grupo de los apóstoles, en el seminario se vive en comunidad, estableciendo relaciones de fraternidad y lazos de amistad sincera. La relación personal con el Maestro no excluye, sino que se enriquece con la presencia de compañeros y la vivencia en comunidad de la fe y de la vocación. Esto es preparación y anticipo para un estilo de ser sacerdote y de estar presente en medio de la Iglesia y del mundo: «Enraizado profundamente en la verdad y en la caridad de Cristo, y animado por el deseo y el mandato de anunciar a todos su salvación, está llamado a establecer con todos los hombres relaciones de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, de promoción de la justicia y la paz» (PDV, n. 18).

Por ello, el lema de este año empieza con la palabra «sacerdotes» en plural, recordándonos el sentido del seminario y llamándonos a acrecentar nuestra fraternidad. Los sacerdotes no hemos sido llamados para estar solos. El seminario nos enseña la importancia de la comunidad y la necesidad de vivir una sana fraternidad. Esta dimensión comunitaria es hoy más necesaria y urgente como nos recuerda el plan de formación sacerdotal «Formar pastores misioneros»: «La formación comunitaria es especialmente necesaria y urgente en el contexto socio-cultural actual, caracterizado por un mundo cada vez más globalizado e interconectado, pero menos comunitario y fraterno, y por un hombre posmoderno, uno de cuyos rasgos es el individualismo egoísta y autorreferencial que dificulta seriamente la vida en comunidad» (n. 143). Como sacerdotes, también debemos sabernos unidos a un presbiterio, llamados a trabajar en común y a acrecentar la fraternidad sacerdotal. Una fraternidad sacerdotal que es querida por Dios, igual que la que vivieron los apóstoles, y que por ello no es algo opcional, sino esencial en nuestra vocación.

El recuerdo de nuestros años de seminario, en los que convivimos estrechamente con amigos y compañeros, debería ser un estímulo para que nos esforzáramos en cuidar la fraternidad sacerdotal. El ejemplo de los sacerdotes que viven relaciones fraternas en su presbiterio constituye un testimonio luminoso y supone una ayuda para muchos jóvenes que se plantean la vocación sacerdotal, incluyendo los propios seminaristas. Al ver a los sacerdotes intuyen que es posible vivir gozosamente la amistad y la fraternidad en el seguimiento de Cristo y en la respuesta a la vocación.

Al servicio

El lema de este año nos presenta también la vocación sacerdotal como servicio. Desde el principio, los discípulos estamos llamados a imitar a aquel a quien seguimos, que nos aseguró que él «está en medio de nosotros como el que sirve». Por eso el sacerdocio solo puede entenderse desde el servicio. Esto supone una gramática elemental de la vida como don recibido que tiende, por propia naturaleza, a convertirse en un bien que se dona; nuestro ser es «ser para los demás» y toda vocación auténtica es servicio a los otros.

En el seminario, los seminaristas aprenden a vivir el servicio y a servir a los hermanos, como parte integrante y fundamental de la vocación. Los intereses egoístas y el provecho propio han de desterrarse y deben dejar lugar al desarrollo de una vocación recibida para ser entregada. Solo desde la entrega la vocación recibe todo su sentido. Por ello, al recordar nuestros años como seminaristas, los sacerdotes debemos agradecer que desde el principio se nos situara en la realidad, entendiendo la vocación como un camino de servicio. «El sacerdocio, junto con la Palabra de Dios y los signos sacramentales, a cuyo servicio está, pertenece a los elementos constitutivos de la Iglesia. El ministerio del presbítero está totalmente al servicio de la Iglesia» (PDV, n. 16).

El desempeño del ministerio sacerdotal conlleva saber servir a las comunidades a las que somos enviados. En el servicio discreto y silencioso, alejado de protagonismos, pero rico en experiencias y alegrías, los sacerdotes nos descubrimos unidos a quien no vino a ser servido, sino a servir, encontrando en ello la razón de nuestra vocación.

Si decíamos que el ejemplo de la fraternidad sacerdotal constituye un impulso para los jóvenes que se plantean la vocación sacerdotal, también podemos afirmar que el testimonio de una vida entregada en el servicio infunde ánimos en el corazón de los jóvenes, deseosos de entregarse por completo a una tarea apasionante.

De una Iglesia

El servicio al que se nos llama en la vocación se desempeña en el seno de la Iglesia, esposa de Cristo. Los sacerdotes, en nuestra época de seminario, pudimos experimentar la maternidad de la Iglesia, que nos cuidó y nos formó, ayudándonos a responder sin miedo a la llamada del Señor. Siendo seminaristas, aprendimos que en la Iglesia toda vocación implica un servicio, que se vive por amor a Cristo y a su Iglesia. La formación es, por tanto, fundamentalmente eclesial y comunitaria: «El futuro sacerdote proviene de la Iglesia particular y a ella regresa para servirla como pastor, con un nuevo envío y un carácter sacramental. Este regreso ministerial se refiere a la comunidad diocesana en la que quedará incardinado, para representar sacramentalmente a Cristo Cabeza, Siervo, Sacerdote, Esposo y Pastor, poniéndose al servicio de la comunión y de la misión confiada a la Iglesia: la evangelización» (FPM, n. 15).

El seminario es una etapa crucial en la vida del sacerdote, puesto que allí se aprende que la Iglesia, en su desvelo por cada uno de sus hijos, necesita de hombres dispuestos a servir y entregar su vida en todo tiempo y en cada circunstancia. Un servicio y una entrega de la vida que es también respuesta a las necesidades concretas de la Iglesia. El servicio que implica la vocación sacerdotal se debe llevar a cabo en la Iglesia tal y como esta necesita y espera ser servida.

Por eso, el seminario supone un momento de despojamiento, no solo porque introduce en la dinámica del servicio, sino también de la renuncia a los propios planes y proyectos en aras a una entrega total y sin reservas. El sacerdote debe «ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí mismo, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de “celo” divino (cf. 2 *Cor* 11, 2), con una ternura que incluso asume matices del cariño materno» (PDV, n. 22). La Iglesia a la cual nos entregamos y a la que queremos servir, que nos acoge y nos cuida, tiene unas necesidades que deben ser atendidas. Jesucristo amó y se entregó por su Iglesia, y nosotros estamos llamados a actuar del mismo modo.

Aunque en la misma Iglesia hay diversidad de carismas, y el seminario es siempre ocasión de conocerlos y apreciarlos, todos están dados por el Espíritu para la edificación de aquella. La etapa del seminario sirve para comprender también que la diversidad no debe ser disgregación, sino cooperación al bien común. Los sacerdotes, cada uno desde la misión confiada y contando con los distintos carismas presentes en la Iglesia, estamos llamados a servir a todo el pueblo de Dios. Por eso el sacerdote debe ser «hombre de comunión en una pastoral comunitaria, valorando y potenciando la aportación específica del laicado y de la vida consagrada, y aprendiendo a descubrir, discernir y promover los distintos carismas, ministerios e iniciativas evangelizadoras suscitados por el Espíritu en la Iglesia en orden a una fructífera colaboración» (FPM, n. 251).

En camino...

La Iglesia está en camino constantemente, puesto que sigue a Jesucristo, su esposo, que es el camino, la verdad y la vida (cf. *Jn* 14, 6).

La Iglesia militante a la que pertenecemos y a la que estamos llamados a servir, se pone toda ella en camino tras las huellas de su esposo.

La Iglesia peregrina en este mundo y busca caminos para llegar a todos los pueblos anunciando el Evangelio. Toda la Iglesia es misionera, toda la Iglesia sale a los cruces de los caminos para proponer a los hombres de buena voluntad la buena noticia. En su peregrinar por este mundo, la Iglesia se muestra solícita buscando ser mensajera de la verdad, anunciando el Evangelio, en diálogo con un mundo tan necesitado de escuchar la buena nueva. «Los futuros sacerdotes han de prepararse para vivir en una “Iglesia en salida” que disponga todos sus medios y estructuras en orden al anuncio del Evangelio, en una permanente “conversión pastoral” y “misionera”» (FPM, n. 154).

«¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz!» (Is 52, 7). La Iglesia en camino enseña a los seminaristas en su etapa de formación que el anuncio del Evangelio es una misión que atañe a todo cristiano, y por supuesto, a los sacerdotes. En el seminario, con toda la ilusión de un corazón joven que quiere entregarse, los seminaristas tendrán ocasión de conocer que, en este anuncio, el sacerdote experimentará los gozos y las fatigas de una tarea irrenunciable de su vocación. El sacerdote está al servicio de la Iglesia, caminando con todo el pueblo de Dios y haciéndose eco de la llamada dirigida a cada hombre de cualquier época a formar parte de ella.

El Sínodo universal en el que nos encontramos nos hace a todos ponernos en camino juntos. También los sacerdotes estamos llamados a caminar con todo el pueblo de Dios, poniéndonos a su servicio. El ejemplo de los sacerdotes, que salen de sus comodidades y de lo que ya conocen, para esforzarse en evangelizar y aportan su presencia y compañía a los bautizados, es un poderoso testimonio para los seminaristas.

... con los seminaristas

En ocasiones, debido al estilo de vida propio de los seminarios, el contacto con las parroquias se ve reducido durante un tiempo en el que los seminaristas están aparentemente desconectados. Sin embargo, la Iglesia, que es madre y cuida de todos sus hijos y custodia sus vocacio-

nes, se mantiene en oración y en vela. La jornada del Día del Seminario es un momento propicio para poner de manifiesto la solicitud de cada parroquia por el seminario y por las vocaciones sacerdotales. La Iglesia en este día nos propone mostrar nuestra cercanía y aprecio por cada seminarista y orar por ellos, por sus formadores y por todas las vocaciones sacerdotales.

